

EL MUNDO

BUENOS AIRES

8 AGO 1980

Teatros

"Bertoldo a Corte", en Magnífica Versión del Elenco del Teatro Estable de Turin

Por Dora Lima.

SE representó en la noche del sábado con singular aplauso de público la segunda pieza que ofrece en el teatro Odeon la Compañía del Teatro Estable de la Ciudad de Turin. Subió a escena en esta oportunidad la sátira titulada "Bertoldo a Corte" debida a la pluma del brillante periodista italiano que se escuda en el seudónimo de Massimo Dursi. Con una notable puesta en escena realizada por Gianfranco de Bosio y, como siempre con el desenvolvimiento admirable y homogéneo de la totalidad del conjunto, se pudo apreciar las extraordinarias cualidades y las segundas intenciones ocultas de Bertoldo a Corte. Si bien la acción se sitúa en un lugar y tiempo azarosos, desconectados con la actualidad, sus punzantes dardos atraviesan el escudo de su intemporalidad para alcanzar prejuicios y prácticas de nuestra hora. Tal vez se ha dedicado Dursi a disfrazar los blancos a los que iban dirigidos, con el objeto de acertarles más mortalmente. Bertoldo es un actor. Un cómico de la legua. Su familia es al mismo tiempo su compañía, una compañía trasahumante que conoce los cielos de todos los pueblos, la alegría del hambre y la libertad de escoger el arroyo donde saciar la sed. No admite por lo tanto dueños ni esquemas prefabricados por otros donde amoldar su vida. Le escuecen los artilugios de los juristas, y las sin razones de los adonados. Es pues un hombre libre que no pacta con los intereses que obligan al renunciamiento de lo único digno de ser vivido: precisamente su condición de hombre libre. Cuando Bertoldo se introduce en la Corte como a una plaza más donde abastecer de sana risa a cambio de su porción de vianda indispensable, su condición de libre lo enfrenta a esa sociedad enredada en los millones de hilos de su propia telaraña reglamentista, como un vivo que se pasea entre los muertos. Su fisonomía primitiva, fresca y perfumada de naturaleza, es la imagen de la materia siempre rebelde en el hombre que reclama vida. Es lógico que su presencia en esa corte donde todos los modos están encasillados en moldes y reglamentos, en costumbres y prejuicios, sea recibida como un elemento subversivo al que es preciso eliminar rápidamente con juicio sumario. Y sin embargo no es Bertoldo un revolucionario que pretende modificar lo establecido en aquella corte, apenas se propone no dejarse modificar por ella, defendiendo su libertad y el derecho a su libertad. Unos por una razón, aquellos por otra, todos los individuos ligados a la Corte se sentirán ofendidos por la sola razón de su presencia. Si Bertoldo opera con ellos, apenas como un espejo insobornable y veraz que devuelve al que se mira en él, la imagen de lo que debió ser, es comprensible que el que no ha logrado ser lo que se propuso o le la imagen que se lo recuerda. Todo fracasado no se volverá contra sí mismo, sino contra aquello que se lo demuestre. Sin embargo, cara es la libertad. Porque no vivimos en la intemporalidad en que los ideales pueden mantenerse a la medida de los simples deseos. Y sufre en carne propia el sarcasmo de la realidad. Es su propia familia la que se complica con aquella esclavitud ganada por un puñado de lentejas. Pero Bertoldo tiene el valor de preservar la condición natural, escapándose. Y apostrofando a la Corte con terribles palabras: "momias". A su mujer, insegura sobre si medraba o no en aquella Corte, la exhorta: "no te dabas cuenta que comías en la mesa de los muertos". Y la sátira termina

con las serias palabras que nacen de boca de un cortesano, a mérito del ejemplo de Bertoldo. "Vivir sin miedo debe ser el oficio del hombre". La pieza representada se sostiene permanentemente en diálogo vivaz, que va desarrollando el conflicto con creciente interés. Las réplicas son a menudo de una belleza y profundidad que inclina a la meditación, incluso hasta en las situaciones más crudamente hilarantes. La crítica social se desliza tan suavemente, que no se la advierte en primera instancia, y sólo llega por conducto de las situaciones. Dursi pone como ejemplo un Rey, a una Reina, a quien todos se someten. Nadie piensa. Sólo piensa el Rey. Sólo manda el Rey, el hombre se inclina. La anécdota se puede aplicar lo mismo al político como al comerciante. En fin a todos aquellos que se creen nacidos para doblegar voluntades. Que desde luego encuentran eco en los perezosos, en los venales, en los ambiciosos, en los débiles, en los acomodaticios. La faena cumplida por Gianni Mantesi en el personaje de Bertoldo, es humana. La comprensión de la criatura a su cargo, ha permitido comunicar al espectador toda la grandeza de Bertoldo que muere para vivir. Mantesi saca partido tanto en lo cómico como en lo dramático. Paola Borboni, mostró una figura de reina arrogante, con ricos matices de voz en los diferentes momentos donde hubo de demostrar ira, burla o mando. En su expresión inteligente está toda la esencia del personaje que representa. Gina Sammarco en su ya conocida idoneidad de actriz, anima a Marcolfa — mujer de Bertoldo — en las distintas facetas. Imprime comicidad de buena ley en la mujer de pueblo que le toca representar. Renzo Giovampietrò, da intención y colorido al doctor Graziano, transmitiendo en todo momento a su parte, calidad y jerarquía. Giulio Oppl, es un Rey convincente. Edla Albertini y Ana María Cini, se mueven y reciben su parte con gracia y naturalidad. Franca Tamantini tiene oportunidad de demostrar en su corto papel condiciones de buena actriz y voz armoniosa cuando canta. Gastone Bartolucci, tanto en el vendedor ambulante como en el roto es expresivo, convincente. Su voz de extraordinaria calidad trasmite paso a paso los estados anímicos de la criatura que encarna. Piccro Buttarelli en el roto que habla y da fin a la comedia, pone intención, gracia, ternura, y dramatismo, aunque sonriente, a su parte. Franco Parenti, Ernesto Cortese, Carla Parmeggiani e Ivana Erbetta contribuyen al éxito de la obra. La escenografía muy buena de Luciano Damiani, otorga el clima necesario. Está realizada por Broggi y Colombo. La música pertenece a Sergio Liberovici, los figurines a Frigerio y fueron realizados en la sastrería del Piccolo Teatro de Milán.